

SABIAS

Adela Muñoz Páez

Índice

Sabias

Una revelación premonitoria

INICIOS FULGURANTES

1. En el jardín del Edén
2. Enheduanna
3. El fuego de los dioses del Olimpo
4. Sabias griegas
5. Hipatia de Alejandría
6. La sabiduría de los conventos

EXPULSADAS DE LA ACADEMIA

7. Mujeres del Renacimiento
8. Oliva Sabuco, la manchega que desafió a Aristóteles
9. Maria Sybilla Merian, la pintora que criaba orugas
10. Marquesa de Châtelet, la física de Newton
11. Marie Paulze-Lavoisier, la revolución y la química
12. Caroline Herschel, Cenicienta descubre un cometa

DERRIBANDO BARRERAS

13. Feministas y universitarias
14. Marie Sklodowska-Curie
15. La fascinación de los cristales
16. Dorothy Crowfoot Hodgkin, el ama de casa que ganó un Nobel
17. España siglo XX, un comienzo

www.elboomeran.com

<http://www.megustaleer.com/libro/sabias/ES0148333/fragmento/>

18. Científicas en la España de 1936

19. Rita Levi-Montalcini, el secreto de la vida

Epílogo

Cronología

Bibliografía

Sobre este libro

Sobre Adela Muñoz Páez

Créditos

Notas

Dedico este libro a los hombres que han ayudado y siguen ayudando a hacer realidad los sueños de las mujeres. En mi caso fueron mi padre, Bernardino Muñoz; mi marido, Enrique Sánchez Marcos; mi hijo, Enrique Sánchez Muñoz, y Manuel Lozano Leyva, que fue el que me animó a escribirlo

Una revelación premonitoria

«Cuando el escriba llegó al amanecer, Enheduanna, la suma sacerdotisa, aún estaba en el giparu; había pasado toda la noche en él. El escriba pensó que habría tenido nuevas revelaciones que le dictaría al salir. Pero cuando la sacerdotisa apareció, ni siquiera lo vio; al pasar junto a él casi lo derribó. Sin embargo, él sí pudo verla: unas marcadas ojeras le sombreaban los ojos; su cara estaba apergaminada, como si hubiera envejecido muchos años en una sola noche. La siguió mientras descendían los siete niveles del zigurat. Solo cuando estaban en la explanada se atrevió a preguntarle:

—Señora, ¿qué os ha dicho la diosa?

La sacerdotisa lo miró pero no dijo nada.

—¿Tan graves son las revelaciones que os ha hecho que ni a mí podéis decírmelas?

La sacerdotisa tardó en contestarle; cuando lo hizo, su voz parecía salida de ultratumba.

—Cuando yo haya muerto, cuando el último descendiente de la estirpe de mi padre haya muerto, su reino, que hoy se extiende por las cuatro esquinas del universo, será arrasado por las tribus del desierto. Comenzará un período oscuro en el que las sacerdotisas serán expulsadas de los templos y las diosas de los altares. Las mujeres no podrán formar parte del Consejo y se convertirán en una propiedad más de los hombres, como las ovejas o las cabras. Pasará más de un sar[1] antes de que las sacerdotisas vuelvan a los templos y la diosa del amor vuelva a ser adorada.

—Pero ¡eso es imposible, señora! El poder de la diosa es infinito, ningún mortal puede arrebatárselo.

—Inanna, la gran reina del cielo, seguirá brillando en las alturas, pero los hombres impíos se aliarán para dominar a las mujeres y las tratarán peor que a los esclavos. En castigo, la diosa barrerá el amor de la tierra. Las mujeres no sentirán por los hombres más que temor, y los hombres no considerarán a las mujeres dignas de su estima. La tierra yerma de amor será arrasada por un dolor cuya fuerza será mucho más destructiva que la de las aguas del Gran Diluvio. La diosa ha ordenado que nada de esto sea revelado.

Al oír las palabras de la sacerdotisa, el escriba palideció y enmudeció. No volvió a comer ni beber. Cuando poco después murió, se dijo que había ofendido a la diosa y esta le había arrebatado el juicio y la vida.»

Enheduanna, hija del rey Sargón el Grande, fue un personaje real que vivió hace 4.300 años. Era la suma sacerdotisa del templo dedicado al todopoderoso dios de la luna, Nanna, en la ciudad de Ur, desde la que partió el patriarca Abraham en busca de la Tierra Prometida. Ella fue quien escribió las primeras obras literarias de autor identificado de la historia, tales como el poema titulado «La exaltación de Inanna», dedicado a Inanna, diosa del amor y de la guerra, señora del planeta Venus y precursora de la diosa griega Afrodita.

El relato recogido más arriba no es real porque ninguna mortal ni diosa sumeria habría podido imaginar hasta dónde llegarían los hombres en su iniquidad en el trato a las mujeres, relegándolas al papel de siervas y manteniéndolas alejadas de todos los cenáculos de sabiduría y poder durante más de cuatro milenios. Hace escasamente un siglo algunas comenzaron a recuperar un poder parecido al que en su día tuvo Enheduanna; aún libramos batallas para conservarlo.

Invisibles para los sabios y para el resto de la humanidad, mujeres de todas las civilizaciones han buscado el conocimiento desde los albores de la historia: sacerdotisas sumerias, oradoras griegas, matemáticas Alejandrinas, monjas de la época de las Cruzadas, súbditas del rey Felipe II, artesanas de los poderosos gremios alemanes del siglo XVII, salonnieres francesas de antes y después de la Revolución, astrónomas alemanas e inglesas del siglo XVIII, físicas polacas de finales del XIX, químicas españolas de antes de la Guerra «Incivil», cristalógrafas inglesas y bioquímicas italianas.

Este es el relato de la peregrinación de las herederas de Enheduanna por la cara oculta de la historia.

INICIOS FULGURANTES

1

En el jardín del Edén

En el inicio de la historia un puñado de hombres y mujeres, venidos de no se sabe dónde, crearon una civilización muy desarrollada en una zona con forma de media luna que rodea el desierto de Arabia, denominada Creciente Fértil; contaban únicamente con el lodo que dejaban las crecidas de dos grandes ríos procedentes de las montañas. La agricultura, la ganadería, la escritura, el comercio, las matemáticas, la religión y el derecho surgieron en una tierra en la que, antes de que el ser humano la domeñara con su trabajo e inteligencia, no había más que desiertos y pantanos.

La historia de las mujeres sabias comienza en el lugar donde la Biblia sitúa el jardín del Edén; allí se encontraba la ciudad de Ur, cuna de Abraham. Pero mucho antes de que el patriarca bíblico hollara su suelo, allí apareció una religión poblada con centenares de dioses y diosas que luego habrían de reaparecer metamorfoseados en el resto de las religiones politeístas de la Antigüedad. Mitos de la Biblia como el de Moisés salvado de las aguas, el diluvio universal, los diez mandamientos, la torre de Babel o las plagas de Egipto surgieron en el Creciente Fértil. La búsqueda de los lugares geográficos donde habían ocurrido los hechos relevantes de El libro santo impulsó las excavaciones en esta región a comienzos del siglo pasado. Como consecuencia de ellas, hoy sabemos que Mesopotamia, vocablo formado por la unión de dos palabras griegas, meso y potamos, que significan «entre ríos», fue una zona extraordinariamente fértil no solo por su producción agrícola, que según la Biblia llegó a ser de trescientos por uno, sino porque allí surgieron todos los saberes sobre los que se basa nuestra civilización.

En esta sociedad primigenia, donde las mujeres no estaban condenadas a desempeñar papeles secundarios, una de ellas, Enheduanna, nos legó una obra literaria cuyos ecos resuenan en los textos del Antiguo Testamento y de los poemas homéricos.

EN LOS ALBORES DE LA HISTORIA Y DE LA TÉCNICA

Hay que buscar los antecedentes de la civilización en la que vivió Enheduanna miles de años antes de su nacimiento, cuando las crecidas de los ríos Tigris y Éufrates fertilizaban la llanura de aluvión situada entre ambos ríos, y proporcionaban las condiciones para que la dura vida nómada de los cazadores del Neolítico se fuera transformando en la más sosegada de los cultivadores. Los habitantes de esa zona observaron los ciclos de las plantas a lo largo de milenios hasta deducir la periodicidad de las cosechas, seleccionaron las variedades de gramíneas que daban el grano más abundante y los árboles que proveían de mejores frutos. Ese fue el comienzo de la agricultura, que suele situarse entre los años 5000 y 6000 antes de nuestra era, gracias a la cual la población humana, al estar protegida de hambrunas, aumentó y progresó asombrosamente. Poco después, los cultivadores empezaron a

desarrollar los primeros sistemas de irrigación, unas toscas canalizaciones para llevar el agua a las zonas donde no llegaban los ríos. También drenaron las zonas pantanosas y las convirtieron en terrenos cultivables. Estos canales facilitaron vías de transporte extraordinariamente útiles en las interminables llanuras semidesérticas donde los desplazamientos a pie eran muy penosos. Y entonces agruparon sus viviendas y formaron pequeños núcleos urbanos, en los cuales los habitáculos primitivos se situaban alrededor de una construcción principal dedicada al espíritu protector del poblado.

En torno a la primera ciudad, Eridu, situada en el delta del Éufrates, se desarrolló la primera civilización entre los años 5000 y 4000 a. C. Otra de las primeras ciudades del delta de este río, Uruk, da nombre al siguiente período histórico, desarrollado entre los años 4100 y 2900 antes de nuestra. La difusión de los avances de la cultura de Uruk por el resto de la zona del sur de Mesopotamia dio lugar a la civilización sumeria.

Durante mucho tiempo se pensó que el origen del pueblo sumerio era también semítico, ya que Mesopotamia era la cuna de los patriarcas bíblicos provenientes de las tribus semíticas del desierto de Arabia. Este término de origen bíblico denominaba a los descendientes de Sem, uno de los hijos de Noé, e incluía a hebreos, árabes y sirios. Sin embargo, los estudios arqueológicos realizados desde mediados del siglo XIX en Sumer (hoy Irak) mostraron que en la zona había una civilización muy avanzada antes de la llegada de las tribus semíticas, por lo que hoy se piensa que los primeros pobladores de Sumer pudieron llegar a través del golfo Pérsico procedentes de la India, aunque también pudieron ser oriundos de la zona. Los estudios filológicos señalan además que el idioma de los sumerios no tiene relación con ningún otro. En cuanto a sus rasgos, tenían un aspecto y una forma de vestir que los diferenciaba de los semitas. Por lo que podemos apreciar en las estelas y esculturas que han llegado hasta nosotros, su complexión era fuerte y sus narices prominentes; los hombres mostraban la cabeza y la cara rasuradas y vestían con una especie de falda de piel de oveja o de hojas de caña, que les llegaba a los pies; se dejaban el pecho al descubierto. Las mujeres portaban túnicas que les cubrían todo el cuerpo.

En esta civilización se desarrolló además el cultivo de los cereales, especialmente del trigo, con la ayuda de bueyes, burros y arados rudimentarios. En esa época ya habían domesticado ovejas, cabras y cerdos, y aprendido a tejer la lana, tarea de la que se ocupaban las mujeres. Las mujeres se encargaban también de la preparación la cerveza, un brebaje que obtuvieron a partir de la fermentación del trigo y que resultó fundamental en su alimentación. Cuando el cultivo de este cereal se vio afectado por el incremento de la salinidad en el delta, comenzaron a usar cebada.

Al éxito de la agricultura y la ganadería ayudó otro invento de extraordinaria importancia: la rueda, que apareció alrededor del año 3500 a. C. Los carros soportados por ruedas y tirados por bueyes facilitaron el transporte de mercancías y personas. Esto, junto con los excedentes agrícolas obtenidos mediante el uso de los sistemas de irrigación, dio lugar al trueque de objetos y mercancías. De esta forma una civilización eminentemente agrícola evolucionó hasta transformarse en una de mercaderes. Con el comercio surgió la necesidad de cuantificar las mercancías intercambiadas, lo que propició a la invención del cálculo en un sistema de numeración basado en el número doce, en lugar del diez que usamos actualmente.

Cuando el desarrollo del comercio requirió hacer registros de las mercancías, comenzaron a grabar señales en tabletas de arcilla fresca, material muy abundante en la zona, que quedaban impresas de forma indeleble una vez secadas al sol. Inicialmente grabaron ideogramas, pero como en la arcilla era difícil hacer dibujos muy detallados, a diferencia de lo que ocurría en los papiros usados por los egipcios, las representaciones tuvieron que simplificarse hasta dar lugar a símbolos abstractos. Así surgió la primera forma de escritura basada en un alfabeto. Los símbolos grabados en la arcilla con ayuda de cañas tenían forma de cuña, por lo que esta primera escritura se denomina «cuneiforme»; su aparición se ha fijado en torno al año 3300 a. C. Los centenares de miles de tablillas de arcilla con escritura cuneiforme que se han conservado entre las ruinas de estas ciudades son una fuente de información extraordinaria sobre la vida y el desarrollo técnico en la primera gran civilización.

A partir de su estudio hemos podido saber que también en esa época se empezó a medir el tiempo con ayuda de relojes de arena y agua, y se relacionó con la duración de un día. La medida de espacio comenzó haciéndose por horas de camino, mientras que la del tiempo fue evolucionando en los siglos posteriores sobre la base del sistema de base doce empleado para contar. También debemos a los sumerios el calendario de 12 meses que usamos actualmente, la división del día en dos turnos de 12 horas, y de estas en 60 minutos. Las operaciones matemáticas no solo incluyeron suma, resta, multiplicación y división, sino que llegaron a hacer las primeras raíces cuadradas y desarrollaron el cálculo de potencias.

Los sumerios se dotaron de leyes que regían de forma precisa todos los aspectos de la convivencia y el comercio, así como la propiedad privada, las herencias, los contratos de trabajo, matrimonio o divorcio. Asimismo, estaban establecidos por ley el salario mínimo que había que pagar a un trabajador y el límite superior de la usura, que no podía superar el 33 por ciento para los prestamistas y el 12 por ciento si los prestatarios eran los templos, que operaban como una especie de bancos públicos.

En una época posterior a la cultura de Uruk, en torno al año 2500 a.C., vivió un rey reformador-legislador, Urukagina de Lagash, que unificó varias normas e hizo un corpus legislativo orientado fundamentalmente a defender los derechos de los más débiles, como los campesinos sin tierra o las viudas, frente a los poderosos sacerdotes y ricos propietarios. En contraste, las normas que recogió Hammurabi en su famoso código un milenio más tarde no tuvieron en cuenta la intencionalidad en la comisión del delito y propusieron el uso del castigo corporal de forma generalizada, el «ojo por ojo y diente por diente» que aparece en la Biblia como la «ley del Talión».

En estas ciudades-estado la vida giraba alrededor de los templos, que como todo en la antigua Sumer tenían una función práctica ya que en ellos se situaba el poder económico. Los templos eran los dueños de las tierras de labor y del ganado que arrendaban a agricultores y pastores, los cuales pagaban en especie. En los templos se encontraban los talleres donde los herreros trabajaban los metales (ya se conocían el bronce y los metales nobles: cobre, plata y oro) y los alfareros, la cerámica; también se hallaban los almacenes de grano y del resto de las mercancías. Los sacerdotes se ocupaban de organizar el ingente trabajo colectivo de construcción y mantenimiento de canales para la irrigación, el drenaje y el transporte de

mercancías. Algunos canales eran superficiales, otros eran subterráneos y estaban dotados de estructuras complejas a varios niveles de profundidad con pozos para la ventilación cada pocos metros. Estas construcciones subterráneas desaparecieron del desierto de Irak en las últimas guerras, pero en las llanuras de Irán se conservan todavía algunas de estas canalizaciones, que eran la base de la agricultura y se han mantenido a lo largo de más de cuatro milenios. También los sacerdotes eran quienes organizaban el comercio.

En los templos se situaban además los centros de enseñanza de todas las artes conocidas por los sumerios: escritura, cálculo, derecho, historia. Desde ellos también se observaban los cuerpos celestes. Para los sumerios el destino del hombre estaba en manos de los dioses y se revelaba en el firmamento, por lo que su estudio era una de las tareas principales de sacerdotes y sacerdotisas, avezados astrólogos que hacían sus predicciones sobre la base de las posiciones de los planetas. Por ello, el nacimiento de la astronomía también tuvo lugar en Mesopotamia, a pesar de que su estudio no estuvo motivado por el deseo de conocer y entender el firmamento, sino por el de mejorar las predicciones astrológicas. Esta estrecha relación entre astrónomos y astrólogos ha sido una constante a lo largo de la historia. Por ejemplo, una de las principales fuentes de ingresos de Kepler, el descubridor de las órbitas elípticas de los planetas en el siglo XVII, fueron sus predicciones astrológicas.

Los sumerios consiguieron diferenciar las estrellas fijas de los planetas, y los babilonios, que vivieron siglos después en el norte de Mesopotamia, llegaron más allá y determinaron los ciclos de la Luna y el Sol, lo que les permitió predecir los eclipses. Para señalar la hora del día emplearon el gnomon, reloj de sol primitivo usado también por los egipcios. Para precisar la posición del Sol inventaron un instrumento mucho más sofisticado, el polos, formado por una semiesfera hueca de gran diámetro orientada hacia el cielo, en cuyo centro había una esfera pequeña que interceptaba la luz del sol y proyectaba una sombra sobre la superficie interna de la esfera hueca. De esta forma se iba siguiendo la posición de este astro a lo largo del día y del año y se determinaba la duración de cada día, lo que permitía predecir las fechas de los equinoccios y los solsticios. Esto no solo era útil para interpretar la voluntad de los dioses, sino para establecer los ciclos anuales de siembra y recogida de cosechas. Este conocimiento de los cuerpos celestes llegó hasta la costa occidental de Asia Menor y siglos después fue empleado por los griegos Tales y Anaximandro de Mileto para proponer el primer modelo racional del universo.

A falta de canteras y bosques, los sumerios recurrieron al barro, el único material abundante en la zona, como material de construcción. Con ese material tan humilde secado al sol o cocido en hornos, construyeron sus templos sobre los siete niveles de los zigurats, empleando bóvedas y arcos rudimentarios. Puede decirse por ello que el origen de la arquitectura también se sitúa en Mesopotamia. Estas construcciones de barro se deterioraban con la lluvia; en lugar de reconstruirlas, los sumerios construían otras nuevas encima, por lo que el nivel de las ciudades fue elevándose con el tiempo. Hoy forman lo que se conoce como tell o «promontorios», que aún pueden verse en los desiertos iraquíes elevados varias decenas de metros por encima de la llanura en la que se construyeron. En algunos de ellos se han encontrado más de veinte niveles de ciudades superpuestas que, con sus tablillas de escritura cuneiforme, constituyen completos y complejos libros de historia a la espera de ser descifrados.

Los templos no solo eran la sede del poder religioso y el centro de las actividades económicas, eran también la sede del poder político en la época en la que la máxima autoridad en las ciudades eran los líderes religiosos o patesi, vicarios o representantes en la tierra del dios protector de la ciudad. La forma de gobierno era una teocracia en la que los sacerdotes no tenían el poder absoluto, sino que gobernaban con la ayuda de un Consejo de ancianos en el que participaban tanto hombres como mujeres. En sus comienzos, la civilización sumeria era pacífica, por lo que las ciudades no estaban amuralladas ni había ciudadanos dedicados a defenderlas. Los jefes-sacerdotes debían de estar más preocupados por organizar los oficios religiosos y la boyante economía que por atacar otras ciudades o defender las suyas. La prosperidad de las ciudades sumerias en el período de máximo esplendor de la civilización de Uruk debió de ser extraordinaria, porque la población de esta ciudad llegó a superar los 50.000 habitantes, mientras que las ciudades sumerias vecinas rebasaron los 10.000, unos números sumamente elevados tratándose de ciudades de la Antigüedad.

Según se cuenta en la Epopeya de Gilgamesh, en torno al año 2900 a. C., época en la que se sitúa el fin de la cultura de Uruk, tuvo lugar un fenómeno meteorológico de gran trascendencia. Hubo un «gran diluvio que inundó toda la tierra», tras el cual los dioses permitieron que se salvaran algunos hombres y animales al ordenar a uno de los reyes que construyera una barca donde se refugiaron. Este hecho vuelve a aparecer en la Biblia como el «diluvio universal» del que se salvaron los hombres que se habían refugiado en el arca de Noé. Ambos mitos tienen una base real, porque los restos arqueológicos de esa época indican que hubo una gran inundación en la Baja Mesopotamia que llegó hasta Kish, la ciudad más septentrional de la cultura de Uruk, posiblemente causada por un ciclón que azotó el golfo Pérsico al final de la última glaciación.

Este hecho sirve para separar la parte mitológica (la anterior al diluvio) de la parte histórica de la lista de los reyes que los sacerdotes establecieron en cada una de las principales ciudades sumerias. En la parte mítica de la lista de los reyes que gobernaron Uruk aparece el propio Gilgamesh, del cual se dice que construyó las primeras murallas de la ciudad de Uruk, lo que indica que la pacífica civilización de agricultores y comerciantes que inicialmente pobló Sumer se había transformado en un pueblo guerrero. Entre las causas de esta transformación podemos encontrar las rivalidades entre ciudades o los ataques de los belicosos pueblos nómadas de la península arábiga, las tribus semitas que llegaron a Sumer atraídas por la prosperidad de sus ciudades.

UNOS DIOSES MUY HUMANOS

A lo largo de los milenios previos al desarrollo de la cultura sumeria, los espíritus protectores de cada familia, clan o poblado adquirieron caracteres complejos, y el mundo sobrenatural se pobló de dioses y diosas que dieron lugar a una religión politeísta y antropomórfica. Esto no impidió los extraordinarios desarrollos tecnológicos de los sumerios; al contrario, todos ellos se realizaron bajo la atenta mirada de los dioses y con su ayuda, por lo que no es de extrañar que los edificios más importantes de las ciudades fueran los templos dedicados al dios o a la diosa protectora del lugar. La capacidad de los sacerdotes para interpretar los designios

divinos por sus conocimientos astronómicos hacía que fueran venerados como semidioses y que muchos de ellos tras morir llegaran a ser objeto de culto, como fue el caso de Enheduanna.

Los primeros textos grabados en las tablillas de arcilla que no recogían información comercial estuvieron dedicados a narrar las historias de los dioses, himnos de alabanza a estos o lamentaciones. Hay una teogonía sumeria similar a la griega de Hesíodo que explica el origen del universo, pero la sumeria es mucho más compleja, porque, además de los atributos de los dioses, refleja la evolución histórica de la zona, dado que cada ciudad tenía un dios protector cuya importancia en cada momento dependía de la preeminencia de la ciudad a la que protegían. Aunque todo en la vida de los habitantes de Sumer estaba regido por un dios u otro —había varios centenares— el objetivo de la vida de los sumerios no era honrar a los dioses, sino vivirla lo mejor posible. Como se ha indicado más arriba, los sumerios eran eminentemente prácticos, por lo que no dedicaban tiempo y esfuerzo a construir grandes mausoleos y a preparar su viaje al otro mundo, como sus vecinos egipcios. Tampoco tenían complejas reglas de comportamiento ni una moral sexual estricta, como la que más tarde aparecería en la religión judía. Las relaciones homosexuales o bisexuales no eran un tabú, tampoco lo era la transexualidad; en general la práctica de la sexualidad no solo no era reprimida, sino que se estimulaba. De hecho, la diosa Inanna, objeto de devoción de Enheduanna, era la diosa de la sexualidad y la pasión. No obstante, en esta civilización sí había un tema que era un absoluto tabú (quizá por haber observado su efecto nefasto sobre la descendencia): el incesto, para el cual había penas severas, porque se consideraba una ofensa a los dioses, no a las personas. En esta sociedad, matrimonios como los de Abraham con Sara, su media hermana, o los de los faraones con sus hermanas no habrían sido posibles.

Aunque tras los sumerios vinieron los acadios, después los babilonios y luego los asirios, los dioses principales no cambiaron en esencia, aunque sí sus nombres. Bajo su amparo, los pueblos que habitaban Mesopotamia siguieron dedicándose a la agricultura y al comercio durante milenios.

MUJERES SUMERIAS

En aspectos como la protección de los más débiles (niños menores de edad, personas mayores o enfermas), la moderación de los castigos, la tolerancia con todo tipo de comportamientos sexuales y el reconocimiento de unos ciertos derechos a los esclavos, la civilización sumeria fue más avanzada que las que le sucedieron. No obstante, lo más llamativo en esta sociedad fue la posición que las mujeres ocupaban en ella. Aunque los hombres ostentaban el poder, las mujeres tenían derechos análogos a los de los hombres; en las clases altas, su situación era muy similar a la de los hombres. Las mujeres trabajaban como comadronas, médicas-herboristas, tejedoras, cerveceras y alfareras, participaban en la construcción de canales para irrigación y en las tareas agrícolas. Eran dueñas de su dote y podían tener otras propiedades que compraban o vendían. Para ello contaban con sus propios sellos, diferentes de los de sus maridos, que estampaban en las tablillas de arcilla donde se recogían los detalles de las transacciones. Las sacerdotisas, como Enheduanna, eran ricas y gozaban de mucho poder no necesariamente asociado al del rey de turno. Los

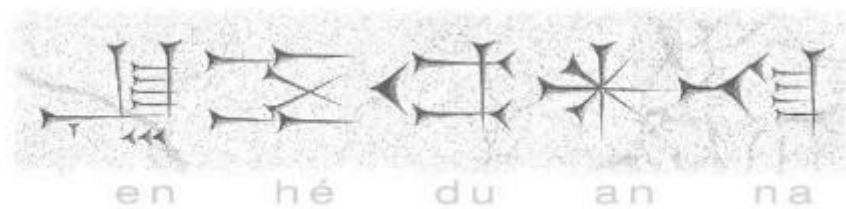
delitos que atentaban contra las mujeres, como la violación, se castigaban con dureza.

No obstante, las mujeres cobraban la mitad que los hombres por realizar trabajos similares y las compensaciones que recibían cuando habían sido víctimas de un delito eran también menores. En cuanto a los contratos matrimoniales, las mujeres tenían obligación de dar hijos al marido y en caso contrario podían ser repudiadas. Alternativamente podían proporcionar a su marido una esclava para que le diera los hijos que no había podido darle ella. El hijo nacido de la esclava sería libre y la esposa primera no sería repudiada. Esto es lo que sucedió cuando Sara, la mujer de Abraham, buscó a la esclava Agar. Si examinamos el conjunto de leyes que regían la convivencia, la sociedad sumeria se nos muestra razonablemente justa, teniendo en cuenta el período del que estamos hablando.

Entre las normas que promulgó el rey-legislador Urukagina de Lagash (2500 a. C.), mencionado anteriormente, hay una muy curiosa: prohibió la poliandria, mientras que no mencionaba la poligamia. Esta no apareció en Mesopotamia hasta siglos después, cuando los amorreos, tribus nómadas del norte de la península arábiga, tomaron el poder. Con ellos los derechos de las mujeres se vieron extraordinariamente mermados, dado que perdieron muchas prerrogativas y los delitos pasaron a ser castigados de forma distinta dependiendo del sexo. Así, el mismo delito podía ser castigado con una multa si era cometido por un hombre y la víctima era una mujer, mientras que en caso contrario, este podía llegar a merecer la pena de muerte. En general las penas, tanto para hombres como para mujeres, se volvieron más severas y el castigo corporal por mutilación, algo frecuente. La pérdida de derechos por parte de las mujeres vino acompañada de una degradación de la sociedad, que se hizo más violenta y menos justa.

2

Enheduanna



Yo, En-hedu-Anna,[2] suma sacerdotisa del dios de la luna.

Así comenzaba uno de sus poemas Enheduanna, la primera persona que se atrevió a escribir en su propio nombre, contradiciendo a todos los que durante los milenios posteriores se han empeñado en negar la capacidad intelectual y creativa de las mujeres. Vivió en Sumer entre los años 2300 y 2225 antes de nuestra era. En su descubrimiento jugó un papel relevante el deseo de las jerarquías eclesiásticas cristianas de encontrar la casa de Abraham.

PRINCESA

No sabemos dónde nació y qué nombre le pusieron al nacer, aunque puede que llevara un nombre sumerio, dado que ese era el pueblo de su madre, la princesa Thaslultum. Solo sabemos que durante el reinado de su padre fue consagrada como suma sacerdotisa del templo de la ciudad de Ur, lo cual tuvo una importancia capital en la vida de Enheduanna y en el devenir del Imperio acadio, liderado por Sargón, su padre.

La leyenda de Sargón dice que su madre fue una suma sacerdotisa que lo tuvo que abandonar al nacer, pero que lo hizo con todo cuidado en un cesto a la orilla del río, del que fue rescatado río abajo por el jardinero de uno de los reyes de la ciudad de Kish. En esta historia, muy semejante a la de Moisés aunque escrita varios siglos antes, el niño se convirtió en el favorito del rey por su gran valentía e inteligencia.